

ricordia motus super eam, dicit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt). Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cepit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor: et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis; et quia Deus visitavit plebem suam.

ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon). Y dijo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, los poseyó el temor; y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

DE LA SINCERA VOLUNTAD DE ENTREGARSE Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es bien de extrañar que aquel mozo resucitado no se hubiese quedado desde luego en la compañía de Cristo, y que el mismo Cristo le hubiese entregado á su madre: admirable prueba de que Dios solo quiere el corazon, sin el cual las mas finas, las mas elocuentes protestas son palabras, y nada mas.

Es muy verosímil que la madre, movida del mas vivo reconocimiento, ofreciese su hijo al Señor, y que el mismo hijo en aquellos primeros ímpetus del gozo que le causaba el verse restituído á la vida, protestase mil veces que no queria otro dueño ni otro maestro, y que ya jamás se apartaria de su divina persona: sin embargo de eso Jesucristo le vuelve á su madre, y la madre y el hijo dejan partir á Cristo. ¡Oh Dios mio, y cuántas copias tiene este ejemplo!

Resucitados muchos en esta Pascua por medio de la confesion, restituídos á la vida de la gracia en

virtud del sacramento de la penitencia, ¡qué propósitos, qué protestas de reconocimiento, de ternura y de fidelidad! Pero ¿en qué paran un mes despues todas estas magnificas promesas? Bien conoce aquel jóven lo que debe á su divino bienhechor, pero su corazon aun está pegado á la tierra, y por eso no le quiere Jesucristo. Las pasiones adormecidas se despiertan; los hábitos viciosos mal reprimidos vuelven á su antiguo vigor; á aquellos primeros movimientos de fervor sucede la desidia y la tibieza; á la tibieza el disgusto; y una vez disgustado el hombre de servir á Dios, se arroja á los brazos de su primer dueño, vuélvese á entregar á sus primeras inclinaciones, á las recaídas, á la funesta muerte del alma. ¿De dónde se origina esta lastimosa desercion, esta lamentable vuelta al vómito del pecado? la conversion está en el entendimiento y en las palabras, pero no en el corazon; de aquí proviene que hay tan pocas conversiones constantes y sinceras. ¿Podré yo lisonjearme de que lo sea la mia? *Convertios á mi*, dice el Señor, *con todo vuestro corazon, y no meramente con los labios; despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos: menos aparato, y mas sinceridad en la conversion. ¿Qué juicio debo hacer yo de la mia? ¡Ah, Señor, cuántas palabras inútiles, cuántas vanas promesas os he hecho en mis propósitos!*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios quiere el corazon, esto es, el sacrificio entero y no á medias de nuestras inclinaciones, de nuestras pasiones, de nuestros deseos demasiadamente mundanos, sensuales y favorables al amor propio. Dios quiere el corazon; pero el corazon es indivisible, y no puede servir á dos señores; si ama á uno, ha de aborrecer á otro; si respeta

á este, ha de despreciar á aquel. Dios quiere el corazon, y por lo mismo quiere ser amado con generosidad, con ardor y con ternura; quiere ser servido con constancia, con alegría y con fidelidad; en fin, quiere el corazon. ¿Y por ventura puede querer otra cosa? ¿ó á lo menos, puede querer otra sin esta? Todo lo demás es suyo y no ha menester nuestro consentimiento para tomarlo. Díonos el corazon, y solo el corazon es nuestro, hablando con propiedad; diónosle, y quiere que seamos dueños absolutos de él. No pretende vulnerar nuestra libertad; conténtase con invitarnos con sus sollicitaciones, con sus promesas, y estimularnos con su gracia. Pídenos el corazon; pero no lo toma, si no se lo damos; negárselo es ingratitud, es impiedad, es injusticia. Pero el que ama tan ciegamente al mundo, el que busca en todo y por todo sus propias conveniencias, el que se entrega totalmente á sus pasiones, á su sensualidad, á su interés, ¿podrá decir que da á Dios su corazon?

Y despues de esto, ¿se extrañará mucho que haya asegurado Cristo expresamente que es corto el número de los que se salvan? Son muchos los que hacen pública profesion de servir y amar á Dios; pero ¿son muchos, aun entre estos que parecen siervos suyos, los que le aman con todo su corazon? Sin embargo, esta es una condicion inseparable del primero de los preceptos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. Pero ¿cuántos son los que observan hoy este primer mandamiento de su santa ley, hase y cimienta de todos los demás preceptos? Mira si segun esta doctrina, y á vista de lo que estás palpando en el mundo, puedes inferir prudentemente que son muchos los que aman á Dios con todo su corazon.

Decir que se ama á Dios, no amándole con todo el corazon, es mentira; pensar que se le ama con todo

el corazon, cuando solo se le sirve á medias, es locura; persuadirse que se le sirve en todo, cuando apenas se hace cosa alguna de las que él nos manda, es extravagancia, es impiedad.

¡Ah Señor! ¿y no acabo yo de hacer mi retrato haciendo el de aquellos que os sirven infielmente? ¿puedo decir con verdad que os amo de corazon, y que soy vuestro sin reserva? No puedo responder á estas preguntas, divino Salvador mio, si no es con mi dolor y con mis lágrimas. Tomad, Señor, tomad este corazon, pues enteramente os le doy; y en adelante espero, con vuestra divina gracia, que mi conducta ha de acreditar que enteramente os le he dado.

JACULATORIAS.

In toto corde meo exquisivi: ne repellas me à mandatis tuis. Salm. 118.

Os busqué, Señor, con todo mi corazon; no permitais que me desvie jamás de vuestros mandamientos.

Deus cordis mei; pars mea Deus in æternum. Salm. 72.
Vos, Señor, seréis eternamente el Dios de mi corazon, mi único dueño y todo mi tesoro.

PROPOSITOS.

1. Siendo, al parecer, cosa tan fácil conocer uno cuando está su voluntad sincera y totalmente entregada á Dios; apenas la hay en que mas se engañen ó se equivoquen los hombres. Esta sinceridad se conoce por las obras, pero pocos atienden á ellas para conocerla; conténtanse con dar palabras, y estas palabras son de ordinario la única prueba de nuestra sinceridad. Pues no hay que admirarnos de que los hombres se engañen y se equivoquen con señas tan engañosas. Pero que pretendamos engañar á Dios con unas

protestas que desmiente el corazón, con promesas sin efecto, con buenas palabras, y no más; esto sí que es digno de admiración; ó por mejor decir, esto es lo que se llama momería de religión y una especie de sacrilegio. Confiesa la verdad: ¿no te sientes tú comprendido en este delito? ¿amas á Dios con todo tu corazón? ¿se lo has entregado sin reserva? Muchas veces le has dicho que le entregabas todo tu corazón; pero ¿tardaste mucho en volvérselo á quitar? Repara desde este mismo instante esa grosera falta, haciéndole una donación total y sincera. Examina qué es lo que más te lleva el corazón; esa pasión, ese puntillo de honra, ese prurito de distinguirte, esa diversión, ese juego, esa inclinación, ese mueble precioso, da principio sacrificándoselo á Dios desde luego, y entonces podrás decir que le amas con todo tu corazón, que quieres vivir y morir en su servicio. Ten presente que Isaac no dió su bendición á Jacob por el testimonio de la voz, sino por el testimonio de las manos: *Vox quidem, vox Jacob est, sed manus sunt Esau.*

2. Guárdate bien de cierta ilusión en esta materia, tanto más temible, cuanto es más engañosa y plausible, y que el amor propio siempre autoriza y fomenta: entrega de una vez, se dice, tu corazón á Dios, y después vive seguro, está tranquilo, nada te dé cuidado; aunque metan mucho ruido las pasiones, no te asustes; aunque te exciten mil impuros movimientos los objetos; no te inquietes; aunque sean muy groseras tus imperfecciones y tus faltas, no te sobresaltes. ¿Entregaste una vez tu corazón á Dios? ¿aceptó? pues está en paz, y descuida. Este es un error de los más peligrosos, un quietismo mitigado. Si para ser todo de Dios, bastara decirle: Señor, yo os entrego totalmente mi corazón, y descuidar de todo lo demás; ¿á qué propósito nos diría Jesucristo que debemos velar y orar continuamente; que siem-

pre hemos de estar con las armas en las manos; que es menester hacernos perpetua violencia; y que, como dice el Profeta, cada día hemos de comenzar, esto es, vivir como si comenzáramos de nuevo? Sucede con nuestro corazón lo que con aquellos animales que se crían en las casas; por más que los echen de ellas, ó los den á otro, siempre vuelven. Si sucediera con nuestro corazón lo que con una alhaja, que una vez dada, no hay ya que buscarla dentro de casa, en este caso ya se pudiera vivir con menos cuidado; pero este corazón, origen y asiento de las pasiones; este corazón, donde reina el amor propio, siempre se queda en nuestra posesión; aun después de haberle dado á Dios, es necesario impedir que él mismo se dé á las criaturas. ¿Pues será bien que vivamos en una devota inacción, en una ociosidad afectuosa? ¿Bastará ponernos en la presencia de Dios, y pasar una hora inútilmente sin pensar en nada, por no turbar una falsa seguridad con la vista de mil imperfecciones y aun de mil desórdenes? ¿No será menester por el contrario desconfiar siempre de su propio corazón; hacer una guerra continua á las pasiones; traer á la memoria todas sus obligaciones; no perder jamás de vista el fin para que fuimos criados; examinar en la presencia de Dios su porte y su conducta, y fomentar la devoción con la mortificación y con la penitencia? Ten por sospechosas todas esas instrucciones demasiadamente especulativas; huye de todo confesor, de todo director, que con el especioso pretexto de hacerte volar á la perfección, quiera mantenerte en una peligrosa ociosidad y perniciosísima pereza. Di muchas veces á Dios que le entregas tu corazón; pero procura que lo digan muchas más tu humildad, tu mortificación, tu puntualidad, tu exactitud en el cumplimiento de todas tus obligaciones, tu continua violencia, y en una palabra, todas

tus operaciones y todos tus movimientos : *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate.* Hijuelos míos, dice el apóstol san Juan, no consista nuestro amor en buenas palabras, en expresiones que solo salen de la lengua, sino en obras y en verdaderas pruebas de las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones, y en materia de piedad guárdate mucho de sendas extraviadas; sigue el camino real por donde fueron todos los santos, aquel que nos señala el Evangelio y el mismo Cristo nos enseña.

~~~~~

### DIA QUINTO.

#### SAN PIO V, PAPA Y CONFESOR.

El santo papa Pio, quinto de este nombre, fué de la noble familia de los Gisleris ó Gisler, originaria de Bolonia; y nació el año de 1504 en Bosco, poblacion corta á dos leguas de Alejandria de la Palla, en el obispado de Tortona. Llamáronle Miguel en el bautismo, y el primer cuidado de sus virtuosos padres fué darle una educacion cristiana, en la que les dejó poco que hacer el buen natural del niño; propenso por sí mismo á la virtud. Era apacible, modesto, dócil y amigo de complacer á todos. Casi desde la cuna profesó una tierna y ferviente devocion á la santísima Virgen, que fué parte de su distintivo ó de su carácter; pocos siervos de esta Señora le excedieron en el fervor y en el zelo por todo lo que tocaba á su servicio.

Crecia Miguel en edad, en juicio y en prudencia, cuando sus padres, poco favorecidos de los bienes de fortuna, pensaron en que aprendiese algun oficio

T. 5.

P. 88.



S. PIO QUINTO P.